



# Francisco Morfín

## Francisco Morfín\*

A mis 25 años ya me sabía el abanderado de Cristo, desde chamaco mis padres me enseñaron a vivir apegado a Dios, me gustaban lo mismo sus pequeñas que sus grandes obras, mi única ocupación era ser buen cristiano.

Yo no quería saber de mitotes, estaba muy tranquilo en Cotija cultivando la parcela que me había dado el Gobierno; allá que ellos arreglaran sus argüendes.

Un domingo vino a Cotija el señor obispo de Tacámbaro, Leopoldo Lara y Torres, yo la mera verdad entendía poco de lo que ese santo señor decía, tan atildado, invitándonos a volver a tomar las armas, ahora no para defender la tierra sino para defender nuestra religión y a la virgencita.

Al terminar su sermón con su grito ¡Viva Cristo Rey! sentí que un rayo me partía la cabeza y al momento escuché una voz que me decía *Francisco persigue a los que me persiguen* y sin darme cuenta ya estaba junto al obispo, en medio de gente muy emperifollada, diciéndole *Ónde hay que apuntarse*, él volteó a verme con unos dulces ojos que parecían preguntarme *¿Sabes en lo que te estás metiendo?* después de un rato mandó llamar a un viejo atufado muy panzón y le dijo: *Don Victoriano, ya tiene a su primer discípulo* y los dos soltaron la carcajada.

Don Victoriano me jaló pa'un lado y me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Francisco Morfín, pa'servirle.

—¿Sabes quién soy?

—No señor.

—Soy Victoriano Ramírez, general de la Liga, me dicen "El Catorce".

—¿Y qué es eso de la Liga?

—Somos un ejército de campesinos soldados que estamos dispuestos a morir por Cristo Rey, sabiendo que Él nos tendrá garantizada la entrada a su eterna Gloria.

—Pos yo aquí pa'lo que se le ofrezca.

\* Diseñador gráfico por la Universidad  
Iberoamericana.  
Contacto: [letras@letrasdg.com](mailto:letras@letrasdg.com)

—¿Sabes tirar?

—Sí patrón, tengo mi 30 y no se me escapa una liebre.

—Ta'bueno, vas a necesitar mucho más que buena puntería y no tienes mucho tiempo pa' aprender, así que pégate conmigo, ponte atento y con el favor de Dios le podrás prestar un buen servicio.

Al poco tiempo llegó a Cotija una avanzada de pelones callistas y sin decir nada incendiaron la iglesia, quemaron muchos documentos, incluidas las Fe de bautizo de todas las personas, fusilaron al señor cura en el atrio y con hartísimos atropellos empezaron a buscar de casa en casa imágenes de nuestros santitos pa'también quemarlos.

Mi rancho quedaba un poco lejos del pueblo y eso me valió pa'que no llegaran. El general Victoriano me pidió mi rancho para poner una capilla y poder celebrar la Santa Misa, no lo pensé mucho. Por semanas asistieron de las rancherías cercanas, tratando que los del gobierno no se enteraran, pero nunca falta un chivato y acabaron por saberlo los del ejército.

El Viernes Santo llegó la tropa a caballo, disparando pa'todos lados, mataron a mis hermanos, a mis tíos y a varios compadres, le prendieron fuego al rancho sin que yo pudiera salvar mis bestias, apenas y tuve tiempo de mandar a Guadalupe y a mis hijos a refugiarse a las cuevas de la sierra.

A mí me agarraron cuando trataba de saltar por la ventana de atrás y me llevaron amarrado arrastrado por un caballo por toda la brecha hasta el pueblo.

Me torturaron día y noche para que les diera el paradero de mi general Victoriano, cuando vieron que no iba a soltar prenda, me sacaron una tarde a un costado de la cárcel, frente a mí estaba el pelotón de fusilamiento; el capitán, parado a mi izquierda y junto a él, un cabo que apuntaba con harto cuidado en una libretita todo el registro de mi ejecución. Con fastidio me preguntó el capitán:

—Muchacho ¿quieres que te cubramos la cabeza?

—Pa' qué, quiero verles la cara de susto a estos pelados.

—¿Te sentamos en una silla?

—Parado me va mejor.

Me eché pa'trás el sombrero, con los brazos cruzados, bien derecho, sabiendo que ya tenía ganado el viático a la Gloria y viéndolos fijamente a los ojos les grité:

—¡Jálenle cabrones, ustedes tendrán las balas, yo tengo a Cristo...! ¡Viva Cristo Rey!

**Y sin decir nada, a golpes y aventones me obligaron a meterme a un carro destartalado.**

*Reine Jesús por siempre, reine su corazón.*

*Que es nuestra patria, es nuestro suelo, que es de María la Nación...*

Estaba yo en mi casa a las afueras de Guadalajara, dando la clase de catecismo a los niños que iban a hacer su Primera Comunión cuando vi que tocaban a la puerta dos tipos con mala pinta:

—¿Francisco Morfín?

—Sí ¿qué se les ofrece?

—Ven con nosotros, güero.

Y sin decir nada, a golpes y aventones me obligaron a meterme a un carro destartalado.

—Así que andas de revoltoso, rotito, alebrestando a la gente contra el gobierno del general Cárdenas.

—Yo solamente estoy haciendo campaña pa' diputado.

Con los ojos vendados, me trajeron a vuelta y vuelta por toda la ciudad, preguntándome por Octaviano Ruíz y por Rómulo Sánchez, los líderes del partido, hasta que finalmente se detuvieron en un callejón. Para entonces ya había anochecido.

—¿Tons qué, cabroncito, no nos vas a decir dónde se esconden tus compitas revoltosos?

Yo permanecí callado, viendo cómo uno de ellos sacaba de entre su saco un revólver.

—¿Vas a hablar maestríto o aquí te enfriamos?

Como pude me levanté, con los brazos cruzados, bien derecho, viéndolo fijamente a los ojos le dije:

—¡Jálale cabrón, tú tendrás las balas, yo tengo el valor!

*¡Que viva mi Cristo, que viva mi Rey!*

*¡Que impere doquiera triunfante su ley!*

*¡Que impere doquiera triunfante su ley!*

*¡Viva Cristo Rey, Viva Cristo Rey!*

Mi hermana seguía muy preocupada, me decía que si seguía solo me iba a meter un balazo, así que finalmente acepté contratar a alguien que me recomendó la Pita para que limpiara y cocinara.

Tocaron a la puerta, no tenía energía ni para pararme, como pude fui a abrir.

—Buenos días señor, soy Sarita Contreras, la muchacha que le recomendó su hermana.

—Pase Sarita, yo soy Francisco Morfín.

Regresé a meterme en la cama, llevaba años sin salir de ella, ahí me revolcaba como pollo rostizado, el cuarto

completamente oscuro, mientras desde la pared me observaba fijamente, erguido, sosteniendo su 30, mi abuelo Francisco con su camisa blanca de manta toda chorreada de sangre a la altura del corazón, a su lado mi abuela Guadalupe la mustia y alrededor de ellos: Chelo la menor, Teresita la desaparecida, Carmelita la risueña, Libradita la religiosa, Francisco el maestro —con su cabeza destrozada— y Esperanza sin ella. Del otro lado del cuarto me veía el retrato de un niño de ojos tan verdes como los de mi mamá, que me repetía *Aguanta pa, aguanta, vas a ver que va a pasar*, junto a él también me miraba la niña de agua, fuerte como pocas, frágil como ninguna, pero la mera mera que ocupaba el centro de mi habitación era la pantalla, prendida las 24 horas:

—Penny, Penny, Penny.

Yo veía y veía sin ver —catatónico— el mismo capítulo de la misma comedia repetido hasta el hartazgo, a mi alrededor Sarita pasaba y repasaba haciendo la limpieza, de pronto un día se detuvo para preguntarme: *Y usted por qué nunca se ríe.*

Finalmente una madrugada que logré levantarme, después de mucho pensarlo me puse a escribir las cartas de despedida, me miré al espejo negro esperando el auxilio de un poder superior, pero eso era cosa de los de antaño, a diferencia de ellos yo no tenía quien me asegurara la Gloria eterna y así, con los brazos cruzados, bien derecho, me paré a la orilla del abismo, con la vista empañada intenté verla fijamente a los ojos y cuando ya me disponía a dar el paso al vacío, apenas alcancé a murmurarle: *Tú tendrás la muerte, yo tengo la vida ¡Vive la Vida!*



Fuente: <https://rarehistoricalphotos.com/execution-german-communist-munich-1919/>